

El llamado ético de la filosofía a la vida cotidiana

Liliana Cecilia Molina González

Los seres humanos no podemos evitar estar sujetos a la ética, hablar y actuar con consecuencias éticas, juzgar nuestras acciones, y las de otros, conociendo y negando el conocimiento, cuidando y teniendo cuidado, pero, también, siendo conscientes de nuestro fracaso en hacerlo de manera consistente. Como especie, dada nuestra consciencia, nuestra socialización y sociabilidad y nuestro uso del lenguaje, somos fundamentalmente éticos (...).

Michael Lambek (ed.), *Ordinary Ethics: Anthropology, Language, and Action*

Yo abogo aquí, en cambio, por un giro en la perspectiva, del pensamiento de la ética como una estructura de juicios a la cual llegamos cuando nos situamos por fuera de nuestras prácticas comunes, a ese pensamiento de la ética como una dimensión de la vida diaria o, mejor aun, como un espíritu que alienta la vida diaria en la que no estamos aspirando a escapar de lo común sino, más bien estamos buscando descender a él como una forma de llegar a ser sujetos morales”.

Veena Das, *Textures of the Ordinary*

4

Escribir sobre ese llamado sensual que produce el lenguaje — y, con ello, el pensar —, evoca el tenue y persistente sentido que la palabra filosofía nombra: amor-deseo de sabiduría. Sin embargo, el llamado es paradójico o, al menos, contrario al contenido de la definición de filosofía, pues si de algo se trata la filosofía no es precisamente del encuentro con algún tipo de sabiduría o conocimiento. En su llamado a la sabiduría, la filosofía solicita, más bien, el deseo de un pensar históricamente situado, es decir, inmerso en un contexto particular y en relación con otros. Además, se trata de una experiencia umbrosa, semejante a un pasaje que nos recuerda la vida del lenguaje: pues con el

lenguaje sorteamos el continuo *agôn* con el que las palabras median la experiencia sensible; una experiencia que, como la vida, siempre las excede, dejándoles la promesa de un decir y un pensar venideros.

El deseo de pensar, esa experiencia del deseo de pensar, es siempre un devenir y, por ello, semejante a una trayectoria, como la que narra la corteza de un árbol. La potencia de ese proceso reside precisamente en el movimiento del pensar y del actuar que desata y se juega en el habitar y ser habitado por una lengua; se despliegan, así, las potencias para imaginar otras formas del ser y de experimentar nuestro tránsito por la vida.

Cada quien puede expresar de manera singular ese llamado de la filosofía. Yo la nombro dando cuenta de una experiencia inapropiable, pues evoca a quienes han sido mis maestros (no solo en la formación académica) y a quienes han compartido amistosamente conmigo esa experiencia del pensar.

Si el lenguaje, los signos, sus significados y la forma de vida que articulan, es el material de esa experiencia que llamamos deseo de conocer y pensar, entonces se hace en cualquier lengua o gramática de signos y significantes, pues no hay una lengua que sea la propia de la experiencia que expresa la palabra “filosofía”, aunque la historia de la tradición filosófica haya sido consignada en unas lenguas más que en otras. Pero una cosa es la tradición filosófica de la que cualquiera interesado en la historia de la filosofía puede dar cuenta, y otra la experiencia del pensar en una lengua y en un contexto histórico particular. Importa esa familiaridad con la



Luis Camnitzer. *El instrumento y su obra*. 1976

historia de la filosofía y sus problemas, con su tradición, como quien encuentra un crisol de posibilidades en una caja de herramientas; pero la filosofía, como deseo de una experiencia del pensar, excede a las palabras y a las tradiciones disciplinarias que con ellas se articulan.

Así, el llamado de la filosofía y a la filosofía quizá pueda expresarse como el llamado a pensar de manera históricamente situada. Con esto me refiero a pensar desde nuestro cuerpo, o sea, desde la experiencia sensible y concreta de estar inmersos —brevemente, tal vez muy brevemente— en el curso de una vida que continuamente se nos escapa porque excede al yo, y a los marcos sociales y normativos que permiten la configuración de un sujeto encarnado. Me gusta imaginar que esa experiencia del pensamiento incide sobre la experiencia sensible del mundo y consiste en hacer posible el cuestionar, modificar, repensar, los márgenes o los marcos que encuadran las posibilidades de esta última, esos cortes laterales de una realidad que se nos escapa continuamente. Pues las preguntas de la filosofía condensan problemas humanos; es decir, problemas que surgen en las vidas de personas reales y concretas y no en los “salones sagrados” de lo que habitualmente tiende a identificarse como filosofía, aludiendo a un saber separado de la vida concreta.

Por el contrario, si esta experiencia sensible del pensar consiste en una especie de experimento, es porque solicitaría pensar también en los problemas locales en que se juega nuestra forma de vida y las condiciones que la hacen (im)posible como vida compartida con otros. Desde esta perspectiva, la filosofía necesita entrar en diálogo con otras disciplinas, con otras perspectivas de la realidad, por ejemplo, la literatura, las artes plásticas, las ciencias sociales y humanas; pero también necesita entrar en contacto con porciones de la realidad sensible que otros habitan (otros actores sociales, otras subjetividades). Pues participar de un

lenguaje hace posible preguntarnos por la experiencia sensible de otras formas de estar en el mundo; imaginar otros regímenes de sensibilidad y, tal vez, erosionar los propios, si podemos respirar su insuficiencia.

Pensar la realidad concreta, los márgenes de la vida cotidiana, como una de las aristas de ese llamado ético de la filosofía, exige imaginar otros mundos, otras formas posibles de ser y estar en el mundo, es decir, de pensar, decir y actuar con otros. Creo que en ese sentido es que los filósofos de la antigüedad griega y helenística interpretaron la filosofía como forma de vida, entendiéndola como el proceso de responder creativamente a la madeja de los problemas de su época y de sus singulares existencias, de un modo tal que —así entendida la filosofía— no podría separarse de la vida vivida. No es casual por eso su interés en el cuerpo, las pasiones, los deseos u otras formas de lo viviente: los parámetros y límites de la organización social y política.

Si podemos imaginar así el llamado de ese deseo de experimentar el pensar que evoca la palabra filosofía, entonces incluso ahora no podemos imaginarla separada del despliegue de las potencias de la vida: me refiero a la vida en cuanto entrecruzada en todas sus formas, articulada en todo lo que es.

Creo que, así como la vida que las plantas transmutan es el sostén de los organismos animales, los vínculos y las redes que tejemos con otros son el sostén que hace posible una vida en común. Así como las plantas producen el medio en el que viven, el llamado de la filosofía como experiencia del pensar conjugada al vivir y a la vida cotidiana habría de traducirse en un proceso constante por imaginar y configurar, colectivamente, un mundo habitable, en lugar de adaptarnos al que tenemos disponible. Es en este sentido que la experiencia del pensar, que evoca la filosofía, implica una in-



Luis Camnitzer. Aguafuerte de Picasso "Modelo y escultura surrealista" serie Volland N. 74, 1933 convertido en una sola línea, en un hilo, en una espiral, en su precisa longitud (813 cms). 1975

mersión en un contexto concreto y demanda de nosotros imaginar otros mundos posibles.

En breve, la filosofía llama porque ha de estar conectada con la *vida* en un sentido amplio, articulando la vida humana con otras formas que hacen posible su continuación, y exigiendo condiciones simbólicas y materiales para hacer el mundo habitable, vivible. Este llamado se juega en la vida cotidiana y en los espacios que la configuran. En un contexto definido por el fenómeno que nos ronda hace unos meses (el aislamiento debido a las condiciones

en que nos ha situado la pandemia), nos vemos abocados a no aceptar la imposición de una nueva normalidad y en su lugar intentar encontrar modos de encuentro con los otros, de mantener vínculos de afecto y redes de apoyo que permitan seguir imaginando cómo crear condiciones para una vida experimentada en el compartir con otros.

Cada quien puede expresar su relación con su campo de formación según su experiencia y la manera en que ha sido atravesada por el encuentro (o el desencuentro) con los saberes, conceptos y miradas que lo delimitan. En mi caso, un par de imágenes me acompañan al preguntarme por la filosofía y por la manera en que ella invita al pensar: la filosofía como forma de vida y la filosofía como caja de herramientas; ambas se conjugan en esa idea de la filosofía como el deseo de experimentar la potencia del pensamiento. Ambas imágenes me permiten entender la filosofía, además, como un

método o camino para interrogar e imaginar mundos posibles, en lugar de solo adaptarme al disponible; para intentar imaginar formas de hacer este experimento con otros, siempre cruzando fronteras disciplinarias, esquemas y prácticas impuestas por las categorías y la tradición con que estamos familiarizados; en suma, para abrir el diálogo interrumpido y los modos de hacer y potenciar la imaginación.

La filosofía entendida como deseo de una experiencia del pensar forja la mirada, pero también enseña a hacerla borrosa. No es necesaria-



Luis Camnitzer. *Forma determinada por la conexión de los puntos externos del texto describiendo la forma.* 1981

mente una disciplina de escritorio, ni necesariamente consiste en la producción de saberes especializados y desconectados de la experiencia sensible del mundo, ni de la vida ordinaria. Por el contrario, como experiencia del pensar estimula la imaginación y el encuentro con otras formas de saberes (no exclusivamente académicos), así como la revisión crítica de los parámetros de nuestra vida cotidiana. Por eso es, ante todo, caja de herramientas, camino o andadura y, en la medida que compromete trayectorias de vida, el ensayo permanente de una forma de vida orientada al cuidado de las condiciones que hacen posible la vida en general, una exigencia que incluye siempre el

cuidado de los otros y, con ello, la revisión crítica de formas de violencia enraizadas en la vida cotidiana y no reconocidas como tal.

Me gustaría terminar retomando unas breves palabras de la antropóloga india Veena Das (2020, p. 110) por su pertinencia para comprender el carácter ético de la experiencia del pensar que compromete, de manera no exclusiva, a la filosofía, pues nos incluye a todos como seres vivientes capaces de usar el lenguaje para cuestionar o revisar críticamente los criterios sociales con que se organiza la vida en común, pero también para cuestionar prácticas cotidianas violentas:

(...) quiero señalar que la sensibilidad mediante la cual reconocemos lo ético en los pequeños actos de la vida cotidiana, también nos alerta ante los modos letales en que nuestra capacidad para dañar a otros debería ser expresado, también, de modos completamente cotidianos.

Notas

- Las traducciones de las citas son propias.
- Agradezco mucho la lectura y anotaciones de Andrés Acosta y Hernán Jaramillo, ambos estudiantes y compañeros de filosofía.

Referencias

- Lambek, M. (ed.). (2010). *Ordinary Ethics: Anthropology, Language, and Action*. Fordham University Press.
- Das, V. (2020). *Textures of the Ordinary. Doing Anthropology after Wittgenstein*. Fordham University Press.

Liliana Cecilia Molina González es profesora del Instituto de Filosofía de la Universidad de Antioquia. Doctora en Filosofía de la Universidad de Valladolid (España).